

francos de la granja, devorado por las hipotecas, amenazado de ser vendido á su vez, si no se pagaban los intereses; y apenas quedaban seis ó siete mil francos para mantener á cuatro personas y aquel tren de una familia noble que no quería abdicar. Hacía ya ocho años, cuando quedó viuda con un hijo de veinte y una hija de diez y siete, en medio del derrumbamiento de su casa, la condesa se había erguido en su orgullo nobiliario, jurándose que viviría de pan y agua antes que rebajarse. Desde entonces no había tenido más pensamiento que mantener su rango, casar á su hija con un hombre de igual nobleza y hacer de su hijo un soldado. Fernando le había causado al principio mortales inquietudes, á consecuencia de algunas locuras juveniles, deudas que hubo que pagar; pero enterado de su situación en una conversación solemne, no había vuelto á las andadas, buen corazón en el fondo, simplemente ocioso é inútil, apartado de toda ocupación, sin plaza posible en la sociedad contemporánea. Soldado del papa ahora, era siempre para ella una causa de secreta angustia, porque no tenía salud, delicado bajo su fiera apariencia, de sangre pobre y agotada, lo cual le hacía peligroso el clima de Roma. Cuanto al matrimonio de Alicia, tardaba de tal modo que á la triste madre se le llenaban de lágrimas los ojos cuando la miraba envejecida ya, marchitándose en la espera. A pesar de su aire de melancólica insignificancia, no era tonta,

y aspiraba á vivir, á un hombre que la amase, á la dicha; pero, no queriendo desolar más la casa, fingía haber renunciado á todo, burlándose del matrimonio, diciendo que tenía vocación de solterona; y por las noches sollozaba en su almohada, creía morir del dolor de verse sola. La condesa, por un milagro de economía, había llegado á ahorrar veinte mil francos, toda la dote de Alicia; había igualmente salvado del naufragio algunas alhajas, un brazaletes, sortijas, pendientes, que podían valer unos diez mil francos; dote bien exigua, canastilla de bodas de que ni siquiera se atrevía á hablar, escasamente con qué hacer frente á los primeros gastos, si se presentaba el ansiado novio. Y sin embargo no quería desesperar, aun en aquella lucha, no abandonando ni uno de los privilegios de su nacimiento, siempre erguida y guardando las apariencias, incapaz de salir á pie y de suprimir un plato un día de recepción, pero privándose de muchas cosas en su vida íntima, condenándose á semanas enteras de patatas cocidas, para añadir cincuenta francos á la dote eternamente insuficiente de su hija. Era aquel un doloroso y pueril heroísmo de todos los días, mientras que, por momentos, la casa se iba hundiendo poco á poco sobre sus cabezas.

Hasta entonces, sin embargo, no había tenido ocasión Carolina de hablar con la condesa y su hija. Había acabado por conocer los detalles más íntimos de su vida, los que éstas creían

ocultar al mundo entero, y aún no había habido entre ellas más que cambios de miradas, esas miradas que se convierten en una brusca sensación de simpatía. La princesa de Orviedo debía acercarlas. Había tenido la idea de crear, para su Obra del Trabajo, una especie de consejo de vigilancia, compuesto de diez señoras, que se reunían dos veces al mes, visitaban la Obra en detalle é intervenían todos los servicios. Como se había reservado el escoger ella misma estas señoras, designó entre las primeras á la condesa de Beauvilliers, una de sus grandes amigas de otro tiempo, sencillamente su vecina ahora que se había retirado del mundo. Y sucedió que, habiéndose quedado de pronto la comisión sin secretaria, Saccard, que conservaba gran influencia en la administración del establecimiento, tuvo la idea de recomendar á Carolina como una secretaria modelo, que en ninguna parte encontrarían: en efecto, el trabajo era penoso, había mucho que escribir y hasta ciertos cuidados materiales que repugnaban algo á aquellas señoras; y desde el principio, Carolina se había mostrado como una hospitalaria admirable, á quien su maternidad no satisfecha, su amor desesperado por los niños, inflamaban en una activa ternura por todos aquellos pobres seres que se trataba de librar de los peligros del arroyo parisién. En la primera sesión se había encontrado con la condesa de Beauvilliers; pero ésta no le había dirigido más que un saludo algo

frío, ocultando su secreto malestar, sintiendo sin duda que en ella tenía un testigo de su miseria. Las dos se saludaban ahora, siempre que sus ojos se encontraban, porque hubiera sido una grosería fingir no reconocerse.

Un día, en el gran gabinete, mientras que Hamelin rectificaba un plano con arreglo á nuevos cálculos y que Saccard, en pie, seguía su trabajo, Carolina, delante de la ventana, como de costumbre, miraba á la condesa y á su hija dar su paseo por el jardín. Aquella mañana les veía en los pies unas chancas que una traperera no habría recogido.

—¡Pobres mujeres! —murmuró.— ¡Debe ser muy terrible y angustiosa esa comedia del lujo que se creen obligadas á representar!

Y retrocedía y se ocultaba detrás de los visillos, para que la madre no la viera y no sufriese más al notar que la espiaban. Ella misma se había serenado, desde hacía tres semanas que se pasaba horas enteras, todas las mañanas, al lado de aquella ventana: la gran pena de su abandono se adormecía, parecía que la vista del desastre de los demás le hacía aceptar más valerosamente el suyo, aquel derrumbamiento que había creído ser el de toda su vida. De nuevo se sorprendía algunas veces riendo.

Aún siguió un momento con las miradas á las dos mujeres que paseaban por el jardín, verduoso de musgo, con aire de profundo ensueño. Luego volviéndose vivamente hacia Saccard:

—Decidme por qué yo no puedo estar triste.... No, esto no dura, no ha durado nunca, yo no puedo estar triste suceda lo que quiera..... ¿Es egoísmo? Verdaderamente, no lo creo. Eso sería una infamia; y por otra parte, aunque esté alegre, se me parte el corazón ante el espectáculo del menor dolor. Compaginad esto: yo estoy alegre y lloraría por todos los desgraciados que pasan, si no me contuviera comprendiendo que el menor pedazo de pan les vendría mejor que mis lágrimas inútiles.

Y al decir esto reía con su risa de bravura, como valiente que prefería la acción á la compasión palabrera.

—Dios sabe, sin embargo—continuó—si tengo motivos para desesperar de todo. ¡Ah! no me ha sonreído hasta aquí la suerte..... Después de mi matrimonio, en el infierno en que caí, injuriada, pegada, creí que no me quedaba otro recurso que tirarme al agua. No me tiré, y quince días después, cuando partí con mi hermano para el Oriente, estaba vibrante de alegría, henchida de inmensa esperanza..... Y á nuestra vuelta á París, cuando casi nos ha faltado todo, he tenido noches terribles, en que nos veía muriendo de hambre sobre nuestros hermosos proyectos. No nos hemos muerto, y he vuelto á soñar cosas enormes, que algunas veces me han hecho reír á solas.... Y últimamente, cuando recibí ese horrible golpe de que todavía no me atrevo á hablar, parecióme como si me arrancaran el cora-

zón; sí, positivamente, sentí que no latía; creí que había acabado, me creí acabada, aniquilada yo misma. Y después ¡nada! Me vuelve la vida, hoy río, esperaré mañana, querría vivir más, vivir siempre..... ¡Es cosa extraordinaria no poder estar triste mucho tiempo!

Saccard, que también reía, se encogió de hombros.

—¡Bah! Sois como todo el mundo. Esa es la vida.

—¿Lo creéis así?—exclamó ella asombrada.— Yo creo que hay gentes tan tristes que jamás están alegres, porque se hacen la vida imposible: tan negra se la pintan..... ¡Oh! no es que yo me haga ilusiones sobre sus dulzuras y sus bellezas: he visto muy de cerca que es muy dura. Es execrable cuando no es innoble. Pero ¡qué queréis; la amo. ¿Porqué? No lo sé. Aunque todo, alrededor mío, se derrumbe, al día siguiente ya estoy alegre y confiada sobre las ruinas.... Muchas veces he pensado que mi caso es, en pequeño, el de la humanidad, que vive, ciertamente, en una horrible miseria, pero á la que da nuevas fuerzas la juventud de cada generación. Después de cada crisis que me abate, siento como una nueva juventud, como una primavera cuyas promesas de savia me dan calor nuevo y me entonan el corazón. De tal modo es esto verdad, que después de una gran pena, si salgo á la calle, al sol, en seguida vuelvo á amar, á esperar, á ser dichosa. Y la edad no influye en mí, tengo la

candidez de envejecer sin advertirlo..... Mirad, aunque he leído mucho para una mujer, no sé sin embargo á donde voy, del mismo modo, por otra parte, que este vasto mundo tampoco sabe á donde va. Pero, á pesar mío, me parece que voy, que todos vamos, á algo muy bueno y muy alegre.

Y acabó por echarlo todo á broma, conmovida, sin embargo, queriendo ocultar el enternecimiento de su esperanza; mientras que su hermano, que había levantado la cabeza, la miraba con adoración lleno de gratitud.

—¡Oh, tú—exclamó—tú estás hecha para las catástrofes, tú eres el amor de la vida!

En aquellas diarias conversaciones de la mañana, se había desarrollado poco á poco cierta fiebre, y si Carolina volvía á aquella alegría natural, inherente á su misma salud, esto provenía del valor que le comunicaba Saccard con su activa llama de los grandes negocios. Era cosa casi decidida: iban á ser explotados los famosos planos. Al estrépito de su voz aguda, todo se animaba, se exageraba. Primero se pondría la mano sobre el Mediterráneo, y se le conquistaría por la compañía general de los Vapores reunidos; y enumeraba los puertos de todos los países del litoral donde se crearía estaciones, y mezclaba recuerdos clásicos á su entusiasmo de agiotista, celebrando este mar, el único que conoció el mundo antiguo, este mar azul en cuyas orillas ha florecido la civilización, cuyas olas bañaron

las antiguas ciudades, Atenas, Roma, Tiro, Alejandría, Cartago, Marsella, todas las que han hecho la Europa. Luego, asegurado ya este vasto camino del Oriente, se comenzaría allá en Siria con el pequeño negocio de la Sociedad de las minas de plata del Carmelo, sólo unos cuantos millones que ganar al paso, pero un excelente principio, porque la idea de una mina de plata, dinero encontrado en la tierra y amontonado con pala, apasionaría siempre al público, sobre todo pudiendo unir á ella un nombre prodigioso y resonante como el del Carmelo. También había allí minas de carbón, carbón á flor de tierra que valdría mucho oro cuando el país se cubriera de fábricas; sin contar las demás empresas pequeñas que servirían de entre actos, creaciones de bancos, sindicatos para las industrias florecientes, la explotación de los vastos bosques del Líbano, cuyos gigantescos árboles se pudren allí por falta de caminos. En fin, llegaba al gran negocio; á la Compañía de los ferrocarriles de Oriente, y aquí deliraba, porque esta red de líneas férreas, extendida de un extremo á otro sobre el Asia Menor, era para él la especulación, la vida del dinero, apoderándose de un golpe de aquel viejo mundo, como de una presa nueva, todavía intacta, de una riqueza incalculable, escondida bajo la ignorancia y la costra de los siglos. Olfateaba el tesoro, relinchaba como un caballo de guerra al olor de la batalla.

Carolina, de tan sólido buen sentido, muy

refractaria de ordinario á los arrebatos de la imaginación, se dejaba arrastrar, sin embargo, por aquel entusiasmo. Verdaderamente todo esto acariciaba su ternura por el Oriente, sus recuerdos de aquel país, donde se había creído tan dichosa; y, sin cálculo, por un efecto lógico, ella era quien con sus descripciones llenas de color y sus infinitas noticias irritaba la fiebre de Saccard. Cuando hablaba de Beirut, donde había vivido tres años, no acababa nunca: Beirut, al pie del Líbano, en una lengua de tierra, entre playas de rojas arenas y desprendimientos de rocas, Beirut, con sus casas en anfiteatro, en medio de vastos jardines, un delicioso paraíso plantado de naranjos, de limoneros y de palmeras. Y aquellas ciudades de la costa, al Norte Antioquía, caída de su esplendor; al Sur Saída, la antigua Sidón, San Juan de Acre, Jaffa y Tiro, la Sour actual, que las resume todas, Tiro cuyos comerciantes eran reyes, cuyos marinos habían dado la vuelta al Africa, y que hoy, con su puerto cegado por las arenas, no es más que un campo de ruinas, polvo de palacios, donde no se alzan, miserables y desparramadas, más que algunas cabañas de pescadores. Había acompañado á su hermano por todas partes, conocía á Alepo, Angora, Brusa, Smirna, hasta Trebisonda; había vivido un mes en Jerusalem, adormecida en el tráfico de los santos lugares, dos meses en Damasco, la reina del Oriente, en el centro de su vasta llanura, la ciudad comercial

é industrial de que las caravanas de la Meca y de Bagdad hacen un centro hirviente de multitudes. Conocía también los valles y las montañas, las aldeas de los Maronitas y de los Drusos, colgadas en lo alto de las mesetas, perdidas en el fondo de las gargantas, los campos cultivados y los campos estériles. Y de los escondidos rincones y de los desiertos mudos, como de las grandes ciudades, había traído la misma admiración por la inagotable, la lujuriosa naturaleza, la misma cólera contra los hombres estúpidos y malos. ¡Qué de riquezas naturales desdeñadas ó malbaratadas! Y enumeraba las cargas que no dejaban florecer el comercio y la industria, esa ley imbécil que impide consagrar los capitales á la agricultura más allá de cierta cifra, y la rutina que hace emplear á los campesinos el mismo arado usado antes de Jesucristo, y la ignorancia en que se pudren todavía aquellos millones de hombres parecidos á niños imbeciles, detenidos en su desarrollo. En otros tiempos, la costa resultaba muy pequeña, las ciudades se tocaban; ahora, la vida se ha ido hacia Occidente, y parece que se atraviesa un inmenso cementerio abandonado. Ni escuelas, ni caminos, el peor de los gobiernos, la justicia vendida, un personal administrativo execrable, impuestos muy pesados, leyes absurdas, la pereza, el fanatismo; sin contar los continuos sacudimientos de las guerras civiles, las matanzas que se llevan ciudades enteras. Al llegar á este punto se indignaba y preguntaba si

era lícito estropear así la obra de la naturaleza, una tierra bendita, de exquisito encanto, donde se encontraban todos los climas, las llanuras ardientes, las laderas templadas de las montañas, las nieves eternas de las altas cimas. Y su amor á la vida, su vivaz esperanza la hacían apasionarse, á la idea del golpe de vara mágica con que la ciencia y la especulación podían tocar aquella vieja tierra dormida, para despertarla.

—¡Mirad!—exclamaba Saccard.—En esa garganta del Carmelo, que tenéis dibujada allí, donde no hay más que piedras y lentiscos, así que la mina de plata esté en explotación, brotará primero una aldea, después una ciudad.... Y todos esos puertos cegados de arena, nosotros los limpiaremos y los protegeremos con fuertes diques. Buques de alto bordo fondearán allí donde hoy no se atreven á amarrar las barcas... Y, en esas llanuras despobladas, en esas desiertas gargantas que atravesarán nuestras líneas férreas, ya veréis toda una resurrección, ¡sí! desmontaremos los campos, abriremos caminos y canales, surgirán del suelo nuevas ciudades, volverá, en fin, la vida como vuelve á un cuerpo enfermo, cuando en las empobrecidas venas se activa la circulación de una sangre nueva.... ¡Sí, el dinero hará prodigios!

Y ante la evocación de aquella voz penetrante, Carolina veía realmente alzarse la civilización profetizada. Aquellos planos secos, aquellos trazados lineales se animaban, se poblaban: era

el sueño que había tenido algunas veces de un Oriente despojado de su costra, sacado de su ignorancia, gozando del suelo fértil, del cielo hermoso, con todos los refinamientos de la ciencia. Ya había asistido ella al milagro de aquel Port-Said que en tan pocos años acababa de brotar en una desnuda playa: al principio las cabañas para abrigar á los obreros de los primeros momentos; después la ciudad de diez mil almas, casas, inmensos almacenes, un gigantesco impulso, la vida y el bienestar creados con empeño por las hormigas humanas. Y aquello era lo que veía alzarse de nuevo, el avance irresistible, el empuje social en pos de la mayor dicha posible, la necesidad de obrar, de ir adelante, sin saber con precisión adónde se va, pero de ir más cómodamente, en mejores condiciones, y el globo trastornado por el hormiguero que rehace su casa, y el trabajo continuo, nuevos goces conquistados, el poder del hombre decuplicado, la tierra perteneciéndole cada día más. El dinero, ayudando á la ciencia, hacia el progreso.

Hamelín, que escuchaba siempre sonriendo, tuvo una frase de gran sentido.

—Todo eso es la poesía de los resultados, y ni siquiera estamos todavía en la prosa de los primeros trabajos.

Pero Saccard no se acaloraba más que por las últimas consecuencias de sus concepciones, y aún fué más allá el día en que habiéndose puesto á leer libros sobre el Oriente, abrió una

historia de la expedición de Egipto. Acudía ya con mucha frecuencia á su memoria el recuerdo de las Cruzadas, aquel retorno del Occidente hacia el Oriente, su cuna, aquel gran movimiento que había llevado la extrema Europa al país de su origen, en pleno florecimiento todavía, y donde tanto tenía que aprender. Pero aun le impresionó más la gran figura de Napoleón, yendo á guerrear allá, con un objeto grandioso y misterioso. Si hablaba de conquistar el Egipto, de instalar allí una colonia francesa, de dar así á la Francia el comercio de Levante, no lo decía todo ciertamente; y Saccard quería ver en el punto de la expedición que ha quedado vago y enigmático, no sabía con exactitud qué proyecto de colosal ambición, la reconstrucción de un inmenso imperio, Napoleón coronado en Constantinopla emperador de Oriente y de las Indias, realizando el sueño de Alejandro, más grande que César y Carlomagno. ¿No decía en Santa Elena, al hablar de Sidney, el general inglés que lo había detenido delante de San Juan de Acre: «Ese hombre ha destruído mi fortuna?» Y lo que habían intentado las Cruzadas, lo que no había podido realizar Napoleón, era aquel pensamiento gigantesco que inflamaba á Saccard la conquista de Oriente, pero una conquista razonada, realizada por la doble fuerza de la ciencia y del dinero. Puesto que la civilización había ido del Este al Oeste ¿por qué no había de volver del Oeste al Este, tornando al

primer jardín de la humanidad, á aquel edén de la península indostánica que dormía fatigado por los siglos? Esto sería una nueva juventud, galvanizaría el paraíso terrestre, lo volvería á hacer habitable por el vapor y la electricidad, haría otra vez del Asia Menor el centro del viejo mundo, el punto de cruce de las grandes vías naturales que enlazan los continentes. Y esto no era ya millones que ganar, sino millares y millares de millones.

Desde entonces todas las mañanas Hamelín y él tuvieron largas conferencias. Si la esperanza era grande, las dificultades se presentaban enormes. El ingeniero, que estaba precisamente en Beirut en 1862, durante la horrible carnicería que los drusos hicieron en los cristianos maronitas, no ocultaba los obstáculos que se encontrarían entre aquellas poblaciones en lucha continua, entregadas al capricho de las autoridades locales. Verdad es que él tenía en Constantinopla poderosas relaciones, que se había asegurado el apoyo del gran visir Fuad-Pachá, hombre de gran mérito, partidario declarado de las reformas; y se lisongeaba de conseguir de este todas las concesiones necesarias. Por otra parte, aunque profetizaba la ruina fatal del imperio otomano, veía más bien una circunstancia favorable en su necesidad desenfrenada de dinero, en los empréstitos que se seguían de año en año: un gobierno necesitado, si no ofrece garantía personal, está dispuesto á entenderse con

las empresas particulares, desde el momento en que encuentra en ello el menor beneficio. Y esta sería una manera práctica de cortar la eterna y enredosa cuestión de Oriente, interesando el imperio en grandes trabajos civilizadores, llevándolo poco á poco al progreso, para que dejase de ser ese monstruoso obstáculo plantado entre la Europa y el Asia. ¡Qué hermoso papel patriótico jugarían en ello Compañías francesas!

Después, una mañana, Hamelin abordó tranquilamente el programa secreto á que algunas veces hacía alusión, lo que él llamaba, sonriendo, el coronamiento del edificio.

—Luego, cuando seamos los amos, reharemos el reino de Palestina y pondremos en él al Papa..... Primero se podrá contentar con Jerusalem, con Jaffa como puerto de mar. Después la Siria será declarada independiente, y se le unirá..... Ya sabéis que están próximos los tiempos en que el Pontificado no podrá vivir en Roma, bajo las irritantes humillaciones que se le preparan. Para ese día será preciso que estemos preparados.

Saccard, con la boca abierta, le oía decir estas cosas con voz natural, con su profunda fe de católico. El mismo no retrocedía ante los proyectos más locos, pero jamás habría llegado hasta allí. Aquel hombre de ciencia, de apariencia tan fría, le dejaba estupefacto.

—¡Eso es una locura!—exclamó—La Puerta no dará Jerusalem.

—¡Oh! ¿Por qué?—dijo tranquilamente Hamelin.—¡Tiene tanta necesidad de dinero! Jerusalem le estorba y se desembarazará de ella en buenas condiciones. Con frecuencia no sabe qué partido tomar entre las diversas comuniones que se disputan la posesión de los santuarios..... Por otra parte, el Papa tendría en Siria un verdadero apoyo entre los Maronitas, porque no ignoráis que ha instalado en Roma un colegio para sus sacerdotes..... En fin, lo he reflexionado bien, lo he calculado todo, y esta será la nueva era, la era triunfal del catolicismo. Acaso se dirá que esto es ir demasiado lejos, que el Papa se encontrará como apartado, desinteresado de los asuntos de Europa. ¡Pero con qué esplendor, con qué autoridad no brillará cuando hable desde los Santos lugares, desde la tierra sagrada donde habló Cristo! Aquel es su patrimonio, allí debe tener su reino. Y, estad tranquilo, nosotros haremos poderoso y sólido ese reino, nosotros lo pondremos al abrigo de las perturbaciones políticas, basando su presupuesto, con la garantía de los recursos del país, sobre un vasto Banco cuyas acciones se disputarán los católicos de todo el mundo.

Saccard que sonreía, seducido ya por la enormidad del proyecto, sin estar convencido, no pudo resistirse á bautizar aquel banco, lanzando una alegre exclamación por su hallazgo.

—¡El Tesoro del Santo Sepulcro! ¿Eh, qué tal? ¡Soberbio! ¡Ahí está el negocio!

Pero encontró la mirada serena de Carolina, que sonreía también, escéptica, hasta un poco enfadada, y se avergonzó de su entusiasmo.

—No importa, mi querido Hamelín, haremos bien en tener secreto este coronamiento del edificio, como decís. Acaso se burlarían de nosotros. Y además, nuestro programa está ya terriblemente recargado, y bueno será reservar las consecuencias extremas, el fin glorioso, sólo á los iniciados.

—Sin duda, tal ha sido siempre mi intención— declaró el ingeniero.—Este será el misterio.

Y esta fué la frase con que aquel día quedó definitivamente resuelta la explotación de los planos, la ejecución de toda la enorme serie de los proyectos. Se comenzaría por crear una modesta casa de crédito para emprender los primeros negocios; luego, si el éxito ayudaba, se harían poco á poco dueños del mercado y conquistarían el mundo.

Al día siguiente, cuando Saccard subió á casa de la princesa de Orviedo, para tomar una orden á propósito de la Obra del Trabajo, leacudió el recuerdo de que había acariciado un momento la idea de ser el príncipe consorte de aquella reina de la limosna, simple dispensador y administrador de la fortuna de los pobres. Y sonrió, porque en aquel instante encontraba aquello un poco cándido. El estaba formado para disfrutar de la vida y no para curar las heridas que la vida ha hecho. Al fin iba á encontrarse otra vez en su te-

rreno, de lleno en la lucha de los intereses, en esa carrera hacia la dicha que ha sido la marcha misma de la humanidad, de siglo en siglo, en demanda de más goces y de más luz.

Aquel mismo día encontró á Carolina sola en el gabinete de los planos. Estaba de pie delante de una de las ventanas, retenida allí por la aparición de la condesa de Beauvilliers y de su hija, en el jardín vecino, á una hora no acostumbrada. Las dos mujeres leían una carta con aire de gran tristeza: sin duda una carta del hijo, de Fernando, cuya situación no debía ser muy brillante en Roma.

—Mirad—dijo Carolina reconociendo á Saccard.—Algún nuevo disgusto para esas desgraciadas. Las pobres de la calle me inspiran menos compasión.

—¡Bah!—exclamó él alegremente—decidlas que vengan á verme. También las enriqueceremos á ellas, puesto que vamos á hacer la fortuna de todo el mundo.

Y, en su fiebre dichosa, buscó los labios de Carolina para besarlos. Pero ésta, con un brusco movimiento retiró la cabeza, grave y descolorida por un involuntario malestar.

—¡No, os lo suplico!

Aquella era la primera vez que intentaba cogerla de nuevo desde que se le había abandonado, en un momento de completa inconsciencia. Arreglados los asuntos serios, pensaba en su buena fortuna, queriendo también por aquel

lado arreglar su situación. Aquel vivo movimiento de retirada le asombró un poco.

—¿De veras os disgustaría esto!

—Sí, me disgustaría mucho.

Ella se serenaba y sonreía á su vez.

—Por lo demás, confesad que vos mismo no queréis absolutamente.

—¡Oh, yo os adoro!

—No, no digáis eso. ¡Vais á estar tan ocupado! Y además, os aseguro que estoy dispuesta á ser vuestra verdadera amiga, como seáis el hombre activo que yo creo, y como hagáis todas las grandes cosas que decís... ¡Vamos, lo mejor es la amistad!

El la escuchaba, sonriente siempre, molesto y contrariado sin embargo. Lo rechazaba; era ridículo no haberla poseído más que una vez, por sorpresa. Pero solamente sufría su vanidad.

—Entonces, ¿amigos nada más?

—Sí, yo seré vuestro camarada, yo os ayudaré... ¡Amigos, grandes amigos!

Tendió sus mejillas, y él, conquistado, comprendiendo que tenía razón, puso en ellas dos sonoros besos.

III

La carta del banquero ruso de Constantinopla, que Segismundo había traducido, era una contestación favorable, esperada para poner en movimiento el negocio en París; y desde el día siguiente Saccard, al despertarse, tuvo la inspiración de que había que obrar aquel día mismo, de que debía tener formado, antes de la noche, un sindicato de su confianza para colocar por adelantado las cincuenta mil acciones de quinientos francos de su sociedad anónima, fundada con un capital de veinticinco millones.

Al saltar de la cama, acababa de encontrar al fin el título de esta sociedad, la enseña que buscaba hacía mucho tiempo. Las palabras: *Banco Universal*, habían brillado ante él bruscamente, como en caracteres de fuego, en la alcoba todavía á oscuras.

—¡El Banco Universal! no cesó de repetir mientras se vestía. ¡El Banco Universal! esto es sencillo y grande, esto lo engloba todo, esto cu-